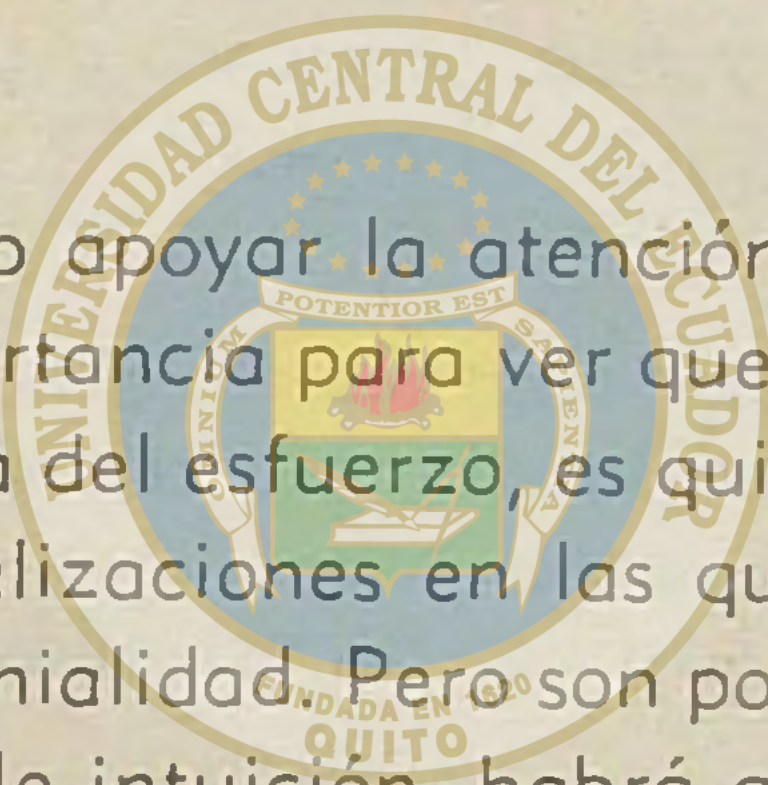


X GALO RENE PEREZ

X ANTONIO MACHADO

POETA DE SU ESPAÑA



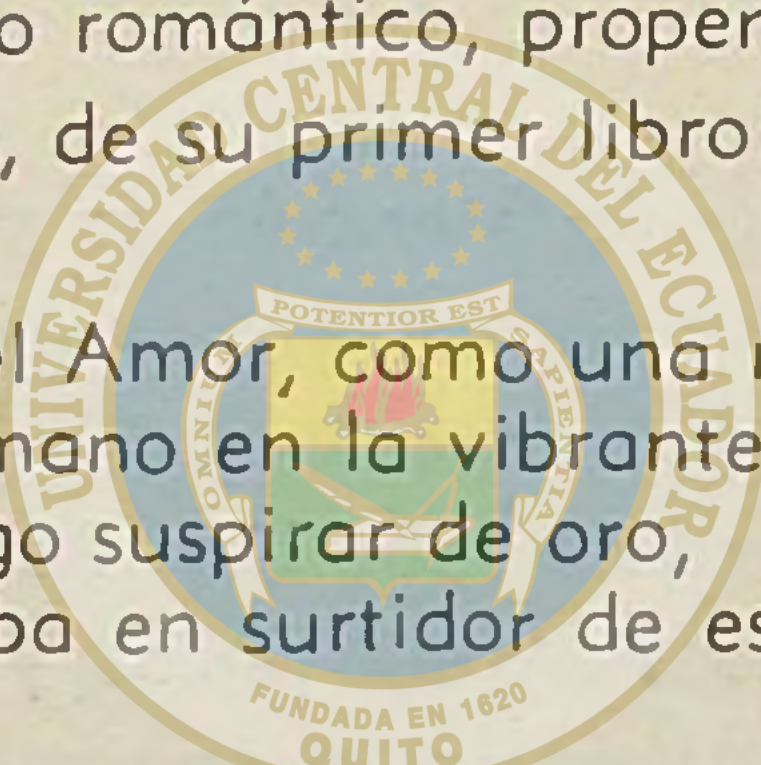
No hay sino apoyar la atención en la historia de cualquier obra artística de importancia para ver que la voluntad agoniosa y constante, la dura disciplina del esfuerzo, es quien la ha tornado hacedera. Es verdad que hay realizaciones en las que cuenta únicamente un impulso mayúsculo de genialidad. Pero son pocas, y aun en ellas, al trasluz de lo que parece simple intuición, habrá que encontrar las raíces de alguna experiencia o de una asimilación cargada de avidez. El arte exige una trayectoria, quizás de largo tiempo, en la que el autor vaya dejando el rastro de sus vacilaciones, de sus descaminamientos, de sus hesitaciones, desesperanzas y fracasos. Así es como se consigue rumbear hacia donde clarea la luz inmutable de lo perfecto. Cada llegada es a la vez un nuevo punto de partida. Este proceso no tiene otro término que aquel que marca el fin de la vida individual. ¿No sabemos que una de las almas que más se han atormentado con el acicate de la perfectibilidad artística, el viejo Goethe, prolongó los afanes de escribir hasta el minuto exiguo de la agonía, en que todavía trazaba signos en el aire?

Por eso, enfrentarse a la producción literaria de cualquier gran figura, hurgarla para ir estudiándola con dominio más plenario, es ponerse en el trance de tropezar con los altibajos fatales, de desencantarse con el hallazgo de creaciones pobres e infortunadas. El lastre de la mediocridad humana, la mancillada condición de seres que no pueden revocar su torpeza sino tras muchas tentativas, gravita tercamente aun sobre el alma superior. Ello vuelve más conmovedor y digno de aprecio el laboreo del verdadero artista, del escritor ingente.

Uno de los máximos poetas de habla española, que comprendió que hay una propensión mudadiza, una suerte proteica en todo lo que tiene los rasgos del hombre, optó a una gloria perdurable a través del

ejercicio lírico pertinaz. Con una iniciación quizás humilde, ya por lo desigual, ya por el estilo un tanto elemental con el que apuró los viejos temas, fue haciéndose camino. Porque el camino en poesía se lo abre con los propios pasos, dejando el cóncavo tembloroso de ellos en la obra que se crea. Los aciertos primerizos de aquel poeta no comparecieron sino denotando su esquivez. Faltaba una médula trascendental en la mayor parte de esos versos. Y hasta podían traer a la memoria la alusión despectiva a la "poesía de funcionario", en que la obsesión de ser explícito, y claro como el agua, mata la gracia impar de lo lírico. Ese gran autor español se daba la mano con los pretéritos representantes del romanticismo, y se avenía también en su primera época con ser un legatario de los frutos de Darío. Estaba como enyugado por la tradición, que en cierto modo es caer en la inercia, porque la vida es movimiento y cambio: no dejarse estar en los cuencos del pasado.

Expresiones de ese cuño romántico, propenso a una rápida caducidad, son por ejemplo éstas, de su primer libro:



"... Y era el Amor, como una roja llama...
—Nerviosa mano en la vibrante cuerda
ponía un largo suspirar de oro,
que se trocaba en surtidor de estrellas".

O estotras:

"Y el demonio de los sueños abrió el jardín encantado
del ayer. ¡Cuán bello era!".

Y el denominador común de toda su primera producción, a la que tituló "Soledades", y en torno de la cual no ha parecido menguar el tono de las lisonjas, en consideración sin duda a la gran figura de que procede, es el de un pobre mimetismo con la facilidad, con el mal gusto, y aun con la cursilería del vulgo de los poetas. Las concepciones descienden a veces al rango de lo simple y superficial. Se pierden en el festín de la onda verbal transeúnte y vacía. Por otra parte, el marco en que se inspiran tiene las invariables lindes de la plazoleta, el patio y el jardín. El poeta establece sus diálogos ilusorios con el surtidor de las fuentes, y al son trivial de aquellas aguas va acordando la queja de su melancolía. Pero en algunas ocasiones de lamentable desventura lírica la ramplonería se agrava con el desajuste de un verso que disuena, como en este caso:

"Sobre el juguete encantado,
sobre el libro cerrado,
sobre la carta de amor,
sobre los párpados yertos
de los muertos".

En otros momentos falla el intento descriptivo, mostrándose huér-
fano de toda jerarquía artística:

"El lienzo de Oriente
sangraba tragedias,
pintarrajeadas
de nubes grotescas".

Y cae en simplezas de este género:

"El sol es un globo de fuego,
la luna es un disco morado".

Para consuelo de noveles y extrañeza de cuantos han sentido la
fuerza imantada de su nombre ilustre, es hora de recordar que tales
empeños poéticos desafortunados pertenecen nada menos que a don
Antonio Machado.

Pero, como para compensarnos ricamente de esas emociones de-
pauperadas, de esa astenia inspirativa, y descubriendo desde el comien-
zo sus dimensiones de poeta excepcional, se ofrecen en aquel libro de
las "Soledades" creaciones en las que Machado interpela a lo más hon-
do y sustantivo de su tierra y del hombre de su tierra. En ellas no se
refleja el semblante fugitivo de los seres y las cosas, que eso es caer
en la pasividad descriptiva, sino que se pulsa la interpretación sensible
e inteligente del paisaje y la figura humana que hacen la patria. Véa-
se esta imagen certera y espiral de los campesinos de España:

"Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos,
descansan bajo la tierra".

"La página escrita nunca recuerda todo lo que se ha intentado,
sino lo poco que se ha conseguido", solía decir Antonio Machado, que
tan buena inteligencia tenía del ahincado empeño que se pone en la
forja literaria. Difícilmente habrá escritor que no intente convertir lo
suyo en un respiradero del alma, de sus sentimientos o de sus ideas. En-
tregar intacta, sin desmedro posible, la fuerza interior —la de su ani-
mación íntima— es deseo cardinal de todo el que profesa las letras con
alguna conciencia. Pero, por lo común, el mundo subjetivo de los auto-

res rueda confusamente por la página, incapaz de hallar la concreción y nitidez que producen las expresiones cuando las gobierna la mano maestra. En la metáfora alfonsina, escribir era librar una batalla con los ángeles. En la de Rodó era como una hazaña homérica, como un combate con las palabras, seres vivos que eluden la persecución de la pluma, la cual se afana en morderlas con sus puntos para sujetarlas. Descontada la vulgar propensión a ramplonizar o a entrar a saco los dominios ajenos, concebir unas páginas demanda el concurso de la mejor energía. Y mientras más se respeta el valor del vocablo, mayores son también los matices expresivos que se le encuentran. Por donde lo que parecía inefable —aun los estados caóticos, oscuros e inciertos del alma— salta a la luz, a los ojos de la razón, mediante la eficacia de las palabras. En lograrlo radica una de las excelencias del escritor de veras. Pero hasta él advierte que su realización no puede ser tan omnímoda como para abrazar todos sus propósitos. Tal es el fundamento de aquella frase machadina de que "la página escrita nunca recuerda todo lo que se ha intentado".

Convencido de lo que afirmaba, don Antonio Machado no se pre-disponía contra el ejercicio de la crítica. No era de los que, acostumbrados a la lisonja, abominan de la verdad y esperan únicamente que quede satisfecha su capitosa vanidad. Entregaba su obra casi con modestia, y aun reclamaba a los demás poetas que aprendiesen a "escuchar con respeto la opinión ajena". Un libro que se publica deja ya de ser de su autor. Eso es cierto, en buena parte, y en probarlo cargaba el énfasis don Antonio. Desde luego su actitud cobraba rasgos de ejemplaridad, pues que en su torno gruñía la crítica avinagrada de esos pseudo intelectuales de "malas tripas" que en ninguna patria faltan.

Para el que ha trajinado por las letras hispanas no es, no puede ser asunto de dudas el calificar a Machado como a uno de los máximos valores de nuestra lengua. Pocos escritores le hacen compañía en el plano imponderable en que él se encuentra. La milagrosa acción de la filosofía se ligaba en su caso con aptitudes líricas llenas de firmeza y lucidez, y ello conformaba un fruto rico de sabor y de saludable perennidad. Lo emotivo y humano y lo intelectual deponían sus banderas por una misma causa estética.

Pero —insistamos en ello— la iniciación machadina, cargada de atisbaduras excepcionales hacia la superior economía del estilo, y de la intensidad y calor de aquello que se engendra sinceramente, por propio impulso vital, y atrayente por virtud de la frescura que derramaba sobre una lírica desmedrada y caduca, no consiguió sin embargo destacar en posesión de todos sus atributos. Desigual, probablemente vacilante, dócil todavía a la circunspección formal y al electuario senti-

mentalista de fines del siglo XIX, pregona las limitaciones que pacientemente fue venciendo el gran autor. Y muestra con mucha elocuencia la oriundez de su predilección literaria, ya en el orden de los temas, ya en el de las expresiones y ajuste del verso. Pero asimismo prueba aquella verdad de que el doble crecimiento vegetal es también el poético. Es decir que mientras se logra profundidad se está ganando consistencia y altura.

Esos primeros poemas de Antonio Machado no son lo que radicalmente postula la sensibilidad de nuestros días. Su flujo melancólico, desatado por la trivialidad del desencanto amoroso o por la vaga ilusión de la amada, ni la monótona pesadumbre con que en el alma enfermiza y suspirante se aposenta el paisaje, acuerdan bien con nuestra necesidad interior ni las demandas de la estética contemporánea. Como un romántico que nostálgicamente tocara el dorso de las cosas que le rodean, que buscara esas veredas en que lo real confina con los sueños y el presente tiene aún en su paladar el gusto de las horas pretéritas, el juvenil Machado casi plañía en sus primeros versos los únicos temas de la tristeza, de la orfandad de amor, del paisaje de las atardecidas en la quietud de los caminos y los campos.

De su estilo de entonces valgan, como ejemplo, estas tres citas:

"El limonero lánguido suspende
una pálida rama polvorienta,
sobre el encanto de la fuente limpia,
y allá en el fondo sueñan
los frutos de oro...
Es una tarde clara,
casi de primavera,
tibia tarde de marzo,
que el hálito de abril cercano lleva;
y estoy solo, en el patio silencioso,
buscando una ilusión cándida y vieja:
alguna sombra sobre el blanco muro,
algún recuerdo, en el pretil de piedra
de la fuente dormido, o, en el aire,
algún vagar de túnica ligera".

.....

"¡Tenue rumor de túnicas que pasan
sobre la infértil tierra!...
¡Y lágrimas sonoras
de las campanas viejas!

Las ascuas mortecinas
del horizonte humean...
Blancos fantasmas lares
van encendiendo estrellas.

—Abre el balcón. La hora
de una ilusión se acerca...
La tarde se ha dormido,
y las campanas sueñan".
.....

"En el ambiente de la tarde flota
ese aroma de ausencia,
que dice al alma luminosa: nunca,
y al corazón: espera".

El que apoya su mirada en las imágenes machadinas —las de estos mismos versos citados— descubre que el paisaje se liga íntimamente con los estados de alma del autor, o cobra realidad sólo a través de esos estados anímicos. A Machado seducíale la transparencia de la tarde, y en un grado tan absoluto que la cantaba por la belleza que ella tenía en sí misma, destituida de cualquier hecho que le fuera anejo: "Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara". Pero también en esa evocación no podía menos de ir desenvolviendo el clima emocional que en aquel instante le poseía. Sus descripciones están saturadas del aliento de su propio espíritu. El mismo don Antonio aseguraba que la poesía es "una respuesta animada al contacto del mundo".

Y el haber tenido ese obstinado anhelo por las formas huideras del pasado, ese leal amor de romántico hacia las cosas que se gastan bajo la mano puntual de los tiempos, fue causa para que en un haz de pocos poemas de su primer libro empleara con frecuencia la adjetividad de VIEJO, endilgándola por igual a objetos como a elementos subjetivos. Las citas siguientes servirán para demostrarlo: "viejas cadencias", "viejos amores", "plaza vieja", "orilla vieja", "campanas viejas", "morada vieja", "dolor viejo", "vieja amada", "alma vieja", "calles viejas", "ilusión vieja", "lágrimas viejas", "viejo paredón". En las composiciones de sus "Soledades" —libro escrito entre 1899 y 1907— se podrá comprobar la exactitud de las citas anteriores.

Posteriormente, pasados los treinta años de edad, aprovechando una experiencia poética copiosa (la de "Soledad", continuada en moldes idénticos en "Galerías"), y tras perder a la persona de sus amores y verse enajenado de su rincón nativo, Antonio Machado ascendió al plano superior de su nueva obra: "Campos de Castilla".

No hay duda sobre que las hoscas imágenes de la tierra castellana le fortalecieron la conciencia de escritor y le dictaron un lenguaje expresivo, sobrio, todo energía y precisión. Aquel en que se lamentó por la muerte de su esposa.

"Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar".

Describió entonces regiones desoladas, en donde la hosquedad geológica quiere debelar aun la ilusión de la vida —tierras de calveros, de estepas infecundas, de parameras melancólicas, de serrijones malditos que dentellean el aire enrarecido—; pero puso en sus imágenes una vibración de humanidad, un acento de amor amargo, de doliente ternura. Y esas imágenes las apoyó para siempre sobre su corazón, llevándolas consigo al destierro y la muerte.

Sabido es que los años infantiles pasó el poeta en su Andalucía nativa. Transitó a la vera de las ondas límpidas, anduvo huertos y jardines luminosos, en los que estallaba el júbilo de la flor y del fruto y el agua del surtidor se estremecía como un arpa eólica o una luciente copa vegetal. Corrió por plazoletas soleadas y patios y galerías de otro tiempo. Pero las necesidades de la educación, en primera instancia, y las de sus humildes ocupaciones después, lo trasladaron a paisajes forasteros, distintos de aquel en que había nacido, aunque dentro de la misma España.

Su alma abierta de avidez y pasión había recogido esas risueñas impresiones andaluzas, que eran, más concretamente, sevillanas. Las peregrinaciones a que el poeta se vio obligado no hicieron trasvolar la fresca experiencia infantil, matinal. Por el contrario, ésta se mantuvo viva, como un rescoldo que se enciende entre el aire leve y errabundo de las añoranzas. De ahí que cuando un grupo de amigos le acordó un homenaje póstumo, José Bergamín dijo que en la poesía del gran sevillano se podía pulsar una nostalgia de patios y jardines, y corroborándolo, para mejor aclararlo, Alfonso Reyes aseguró que esa nostalgia tenía que haber sido auténtica, pues que el escritor disfrutó de dicha imagen placiente bajo el techo de su familia.

Verdad de filósofo es aquella de que cada individuo es como un ser múltiple que avanza dejando a cada paso, derrotado entre el polvo, un compañero interior; pero todavía más lo es la afirmación de que "cuando llegamos a la madurez nuestro yo juvenil no ha expirado todavía: nada muere en el hombre mientras no muere el hombre entero". Gravitante, inesquivable, el pasado de nuestros primeros años consigue acariciar, tal en un terciopelo sombrío, el corazón de la senectud.

El poeta sevillano, ni en el duro trafagar de sus días de madurez, perdió la ilusión de su rincón paternal, de las fuentes y jardines del naranjo y el limonar. Alude a ellos, con reiteración amorosa, en sus versos:

"Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero".



"Verdes jardinillos,
claras plazoletas,
fuente verdinosa
donde el agua sueña,
donde el agua muda
resbala en la piedra!"



"De los claros bosques de la Andalucía,
quién os trajo a esta castellana tierra
que barren los vientos de la adusta sierra,
hijos de los campos de la tierra mía?"

(Se refiere al naranjo y el limonero)

En la "castellana tierra" permaneció decenios completos, entregado a la fatigosa labor magisterial. Allí compuso un libro de exactas descripciones, en que se conjugan la geografía y el hombre. Son paisajes humanizados; en ellos transparece el alma cuitada del gran poeta. El libro se tituló "Campos de Castilla" y abarcó la producción lírica de 1907 a 1917. La desamparada meseta de España, la tierra de duros relieves que prefirió el neurasténico Felipe de "El Escorial", la que se insinúa, fría y gris, en el fondo de las telas de Velázquez o Zurbarán, la que forma el estambre fuerte de la nacionalidad hispana, la recia meseta de Castilla encontró en los versos del escritor andaluz una expresión legítima, toda verdad y nitidez. Las frases con que la describe son de una agria precisión. Los adjetivos, agudos, penetrantes como una espina. Bien se ve que al poeta le duele aquel paisaje, le entristece la miserable realidad de la gleba y le fuerza a lanzar su clamor. Pero confundido con éste va —y eso es lo que conmueve— su desesperada disposición amorosa al suelo patrio.

Don Antonio había ido deponiendo sus moceriles vestiduras darianas. Había procurado debelar sus veleidades románticas. Lograba así, paulatinamente, desuncirse del imperio omnímodo de lo subjetivo. Dirigía su impulsión lírica hacia el drama de afuera, pues que el sufrimiento del hombre agitaba la atmósfera en que a él le tocó realizar

su destino. Por eso en aquellas producciones machadinas de la madurez aparecieron, en grata simultaneidad, los atributos de un lenguaje sobrio y sustantivo y de una poderosa vibración humana.

El mismo Machado reconoció que en su primer poemario "la ideología dominante era esencialmente subjetivista", y aludió más de una vez a las mutaciones que lo fueron afincando posteriormente en el reino de lo objetivo y de los avatares que tienen el apellido común de los pueblos. En ese su libro "Campos de Castilla" se encuentra ya la simbiosis de la realidad funesta que oprimió sus sentidos y de la experiencia interior que desanudó el curso de sus emociones. Ni lo simplemente descriptivo, que suele acusar endeblez de capacidad artística, ni lo intimista, que es también chatedad y flojera, conspiraron contra sus poéticos testimonios de la gran meseta española.

"Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mí sagrada (dice el poeta) —allí me casé; allí perdí a mi esposa a quien adoraba—, orientaron mis ojos y mi corazón hacia la esencial castellano". Corazón y ojos, en verdad, se le volvieron hacia los paisajes de Castilla. En las imágenes que captó de la realidad fronterá alentaron por igual la vislumbre nítida, precisa, de la vida campesina, y los sentimientos que ésta promovía en su alma.

La exactitud de las imágenes la encuentran los viajeros sensibles que trajinan por la estepa castellana y también los que han leído otras páginas notables sobre esa sufrida región —otrora fecunda— de las tierras peninsulares. Util será citar aquí, en forma sumaria, los testimonios de dos o tres grandes escritores de habla hispana:

Alfonso Reyes ha dicho: "Algo desolada a veces, como en esas llanuras pardas, color de estameña de santo, por donde siempre creemos divisar, a lo lejos, la lanza intachable de Don Quijote. Castilla es la España sin anécdota, indiferente a las ligerezas del turista que anda en busca de extravagancias. Es la España de piedra y cielo"... "Castilla se quedó más pobre y filosófica, las lágrimas secas en las mejillas, como una Niobe deshijada".

Ricardo Rojas, a su vez, ha ensayado esta imagen:

"Castilla no está muerta, sino fatigada, porque engendró muchas vidas. Es un viejo árbol desgajado por las tempestades; pero a su sombra se ha cobijado mucha gente que hizo fuego de sus ramas". Y recordó que en la plaza de un lugar castellano, que antes "bulló de mucho pueblo", solamente le salieron al encuentro un "perro sucio", que fue a ladrarle, un pordiosero y "un niño astroso que se le ofreció de guía por una propina".

Miguel de Unamuno ha explicado las causas climáticas de que son oriundas la pobreza, la melancolía y la soledad de Castilla. Y entre las frases que sobre ella escribió figuran éstas:

"...leguas y más leguas desiertas sin divisar apenas más que la llanura inacabable donde verdea el trigo o amarilla el rastrojo, alguna procesión monótona y grave de pardas encinas, de verde severo y perenne".

Ortega y Gasset se preguntó al meditar en la meseta superior de Castilla si habrá algo más pobre en el mundo, y creyó adivinar que esas tierras "se disponen a prolongar otra eternidad su miseria". Animó con mano maestra algunos cuadros de la región y explicó de este modo la razón de sus soledades camperas: "Hay comarcas que despiden al hombre del campo y lo recluyen en la ciudad. Esto acontece en Castilla: se habita en la villa y se va al campo a trabajar bajo el sol, bajo el hielo, para arrancar a la gleba áspera un poco de pan".

El denominador común de estas referencias sobre la estepa castellana es la tristeza. El que la contempla la encuentra desolada, yerma, doliente. Los caminos tienden su polvo seco y ardiente como la lengua de un lebel fatigado. Los pocos árboles hacen un ademán de retorcido sufrimiento en medio de esas altas tierras inhóspitas. El cielo, de un azul concentrado, vibrante, casi sonoro, parece que se hiere entre el costillar y la agudeza canina de los cerros. Las extensiones peladas, rebeldes a la vegetación, las barrancadas broncas, los ríos que se precipitan, tajantes de frío, desde las sierras más altas, cumplen el sino funesto de apartar reciamente a los hombres, dejando disyuntos, en un aislamiento hosco y egoísta, a los pueblecitos que cabecean en las laderas o duermen en el yacijo de los valles.

Pero Castilla, comarca de la ruina y la pobreza actuales, no redimida por aquellos que inventan para engañar al mundo una España de bambalinas, cursi y digna de la basura, fue el tronco majestuoso sobre el que antes floreció una patria inmensa y rica como ninguna. El abandono y la postración de ahora no son quizás sino como una fatiga histórica, de la que tendrá un día que convalecer. A esa Castilla de pretérito esplendor, de aflicción presente, de labriegos infelices, le ha cantado con dolido amor don Antonio Machado. Una breve impresión de ello nos darán estas pocas transcripciones:

"Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.
¿Espera, duerme o sueña? ¿la sangre derramada
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?"

"¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía!
¡Castilla, tus decrepitas ciudades!
La agria melancolía
que puebla tus sombrías soledades!"



"ariscos pedregales, calvas sierras,
caminos blancos y álamos del río,
tardes de Soria, mística y guerrera,
hoy siento por vosotros, en el fondo
del corazón, tristeza,
tristeza que es amor! Campos de Soria
donde parece que las rocas sueñan,
conmigo vais, mi corazón os lleva!.



"Oh pobres campos malditos,
pobres campos de mi patria!
"Tierras pobres, tierras tristes,
tan tristes que tienen alma!"

Y el propio Machado era también de naturaleza triste. Aquella sombra de hombre, esa figura melancólica y envejecida que uno de sus compatriotas vio descender lentamente por la calle madrileña del Cisne, es la imagen que de don Antonio se prende con más familiaridad en el alma de los lectores. Pobre, negligente en su arreglo personal, solitario y casi ausente, así divagó por las ciudades y villorrios de su España el que con tantas razones de superioridad la representaba, el que sabía amarla respirándola en sus paisajes y su drama, el que afinaba su obra para hacer más claro el corolario aquel de la eternidad hispana.

Lo que vivió Antonio Machado, y ese flujo de amarguras que no cesó sino cuando sus despojos corporales fueron a yacer en la huesa prestada de una humilde familia de Collioure, confirman por enésima vez la torpeza y la crueldad con que España ha tratado a sus hombres superiores. La inteligencia ni la pasión artística han tenido jamás un sino distinto en aquella patria en donde la barbarie política ha golpea con tan feroz reciedumbre.

Pero Machado no era un funámbulo que eludiere el contacto de la realidad. Tropezaba con ella aun en el imponderable ejercicio de su lírica. Buscaba lastimar la yema de su sensibilidad en la arista de los problemas de cada día, y de ellos extraía la onda manantía que pasa sonando melancólicamente en sus versos. La imagen plural de España poblaba sus pupilas. Hacía tremolar su corazón. Animaba el pulso de su

pluma. Ocupaba el centro de su filosofía. Frente a la obra incoincidente con las necesidades de su medio, débil y esquiva, que adocenaba a cierto tipo de poetas españoles, la de don Antonio vibraba al impulso de las fuerzas que movían a su patria. Y si los paisajes plácidos, de los caminos y las alamedas, de las sierras y los ríos, de los hondos cristales de la tarde y de las fuentes, invadieron los reinos de su inspiración mocril, el horizonte crispado por la revolución del año 36 conmovió su alma generosa y prendió en ella nuevas raíces de nutrimento para sus versos. Un temple heroico, de escritor apto para la lucha de la libertad y la dignidad, surgió del contemplativo pertinaz de la hora inicial. La profesión intelectual, en el sentir de don Antonio Machado implica un sinnúmero de responsabilidades, una disposición firme hacia la sinceridad de la acción y el interés colectivo. Abundan los pasajes en que su "Juan de Mairena", en estilo noble y afilosofado, dicta lecciones de entereza moral y honrra. Entre ellas asegura: "se habla del fracaso de los intelectuales en política. Yo no he creído nunca en él. Se le confunde con el fracaso de ciertos "virtuosos" de la inteligencia, hombres de algún ingenio literario o de alguna habilidad aneja a literatura y a la conversación —médicos, retóricos, fonetistas, ventrílocuos— que no siempre son los más inteligentes".

En nuestras repúblicas americanas, otrora provincias de la paradójica nación hispana, ha sido esa pseudo intelectualidad viciada de apetitos ruines, de afanes de falso renombre, de recelos y rencores, de traición y nomadismo político, la que ha desmedrado el buen nombre de la inteligencia. No hay uno de estos simuladores —diestros tan sólo para ir aprendiendo el abecedario de la infamia, la iniquidad y la falta de escrúpulo— a quien no haya que recordar esta admonición del mismo Machado: "un hombre público que queda mal en público es mucho peor que una mujer pública que no queda bien en privado".

La personalidad machadina, que tuvo conciencia tan cabal de lo que era España, de las causas que la envolvían en funestidad y atraso, debió apurar congojas, soportar miseria y pesadumbre, recibir el agravio y el desdén de la mediocridad siempre triunfadora. Triste España. Bien parece que ella nos ha corrompido con su ejemplo siniestro. Don Antonio Machado sobrellevó sus desventuras en ciudades apagadas, poco acogedoras, ejerciendo modestamente la docencia. Desde Soria, "último rincón del mapa", escribió sus reclamos o sus adhesiones admirativas a maestros como el gran Miguel de Unamuno, y allí también compuso muchos de sus poemas. "La vida de provincias —aseguraba escépticamente— es una copia descolorida de la vida madrileña; es esta misma vida, vista en uno de esos espejos de café provinciano, enturbiados por muchas generaciones de moscas".

Pero conviene recordar que otros notables escritores peninsulares no mantenían el mismo pensamiento viril y beligerante de Machado. José Ortega y Gasset, por ejemplo, creía que el intelectual no podía intervenir en la vida pública sin sacrificio de su vocación, ni sin exponerse —tal era lo peor— al riesgo de un fracaso rotundo. Sobre el intelectual que desembocaba en la política hacía recaer la acentuadísima sospecha de que no lo era sino a medias, pues que buscaba en aquel menester la compensación de una obra casi fallida. En la dialéctica con que probaba su parecer volcaba un buen número de sólidos argumentos. Aceptables y convincentes muchos de ellos. Pero hay que aclarar que el poeta para Ortega era un ser que vivía como a la riba del torrente de las cosas. Una especie de taumaturgo de las palabras que espumaba sus canciones a espaldas del mundo. Por eso veía un arquetipo de la profesión lírica en Mallarmé. Entre el vulgo y el creador de versos no había pasarela posible. Y la realidad misma se transfiguraba en su espíritu. Exactamente como si la cosa vista y conocida se recobrara a través de su imagen imprevista y original.

Antagonista pues de Ortega en este modo de entender la obra del intelectual y el ejercicio poético, don Antonio Machado quería hombres de pensamiento militantes, aptos para la estética y la ciencia como para la acción. Y él mismo, no obstante el peso de su ancianidad, ¿no quiso incorporarse en los ejércitos de Lister para combatir por la España republicana?

El lirismo de Machado no tenía ningún parentesco con el de los autores que intentan prestidigitar con frases vagas, confusas, sonambúlicas. Creía un disparate poner a Mallarmé a la cabeza y decir que el misterio es elemento estético. La belleza, según don Antonio, no está en el misterio, sino en el deseo de penetrarlo. A eso obedece esta expresión suya: "... hoy, después de haber meditado mucho, he llegado a una afirmación: todos nuestros esfuerzos deben tender hacia la luz, hacia la conciencia". Y también obedecen las advertencias de que "hay que soñar despierto" y no crearse un mundo aparte, fugitivo de la vida, enteco y estéril. Así, pues, más de una coincidencia le hacía fraternizar en cambio con otro gran español, ese don Miguel de Unamuno que había pugnado por romper a golpes la "espesa costra de la somnolencia" de su pueblo.

Las ideas cardinales de Machado sobre el objetivo de la poesía y su realización estética van iluminándose en las páginas de su aludido libro "Juan de Mairena", que seguramente es una de las obras ejemplares del ensayo hispano, por su prosa tan hundida en la entraña de las cosas, tan rica de pensamiento y de bondad esencial.

En aquel Mairena representó Machado a un profesor de individualidad completa. Filósofo, poeta, crítico, pedagogo y político, en su

recursos estéticos ni la nobleza de la filosofía. Con ello hace fisga de esos poetas —“son ahora tan numerosos”— que se engañan creyendo que es sólo la intensidad de sentir la que determina las bondades de su producción y el secreto de la perennidad a que aspiran. Lo que tiene el grado de conmovedor para unos pueblos, o para unos tiempos, carece de la más mínima virtud de interesar a otros. Así es de plural y mutable, y por lo mismo poco apropiado para medir el valor de una producción literaria, el mundo de los sentimientos del hombre. Machado lo explica suasoriamente con estas breves palabras:

“Hay quien llora al paso de una bandera; quien se descubre con respeto; quien la mira pasar indiferente; quien siente hacia ella antipatía, aversión. Nada tan voluble como el sentimiento. Esto debieran aprender los poetas que piensan que les basta sentir para ser eternos”.

La sustentación filosófica —primogénita de las lecturas y de la activa capacidad de pensar— y una acertada voluntad artística componen, para el criterio de aquel autor, la virtud salvadora de una obra, algo como su arca milagrosa en el diluvio de los años. El simple celo por las bellezas exteriores del estilo es poco apto para conseguir esa virtud. Y Machado lo abomina de veras cuando tal estilo no sale de aquel triste menester; y aun previene de este modo al escritor: “huid del preciosismo literario, que es el mayor enemigo de la originalidad”.

Pero conviene que no se malentienda su consejo. El propio Machado puso su mayor fe en las excelencias de la forma, en el poder de las expresiones. Lo ha demostrado en la realización de sus mismas obras. En su emoción poética nunca se ha dejado de percibir la presencia de sus dones intelectivos. El hombre que consigue hacer una cosa perfecta —un zapato, un anillo o un sombrero— no es jamás un trabajador inconsciente, sino un artista que ha puesto en ella, minuto por minuto, su alma y su inteligencia. Esto nos lo ha hecho notar el gran maestro. Y, para destacar mejor su vigilancia de orden estético, en otra de las páginas de “Mairena” dice:

“No es fácil que pueda yo enseñaros a hablar ni a escribir, ni a pensar correctamente, porque yo soy la incorrección misma, un alma siempre en borrador, llena de tachones, de vacilaciones y de arrepentimientos”.

Y luego cita las siguientes frases, acompañadas de una aguda observación suya:

“Yo conocí un poeta de maravilloso natural, y borraba tanto, que sólo él entendía sus escritos, y era imposible copiarlos; y rieta Laurencio de poeta que no borra”.

Aclara Machado :

“Y ahora, agarraos, hijos, a donde bien podáis, para escuchar lo que voy a deciros. El autor de estas líneas, y probablemente el poeta a

que en ellas se alude, fue aquel monstruo de la naturaleza, prodigio de improvisadores, que se llamó Lope Félix de Vega Carpio".

En suma, don Antonio proclamó los beneficios de un lenguaje literario sabiamente elaborado, y de una obra condigna de ese lenguaje por sus fundamentos, su consistencia y su armonía cabal. No quería él que los escritores se le presentaran como vulgares amontonadores de ladrillos, sino como verdaderos arquitectos.

Y para ello, ni se enfrentaba hostilmente con el pasado ni se le sometía con abdicación de su fuerza de originalidad. Asimilarlo conscientemente, sin sacrificar la innata rebeldía, era lo que él solicitaba. Por eso enderezó esta sentenciosa observación a los muy tradicionanlistas, a los dóciles amantes del pasado:

"¿Conservadores?. Muy bien. Siempre que no lo entendamos a la manera de aquel sarnoso que se empeñaba en conservar, no la salud, sino la sarna".

Aparte estas sagaces lucubraciones de carácter estético, es admirable el "Juan de Mairena" por la rica densidad de pensamientos varios y medulares. Bastará a demostrarlo el recuerdo de sus afirmaciones en el campo de la política, tan infeliz en el conocimiento y los propósitos de los más. La filosofía machadina de ese género tiene unidad, no obstante hallarse desparramada en "sentencias, donaires, apuntes y recuerdos", todos expuestos como al desgaire, de la primera a la última página, y entre las lecciones de diferente naturaleza que Mairena dirige a sus discípulos. Tomando lo prominente de su ideación política, conviene esbozar nuestro comentario con el apoyo preciso, literal, de sus propias frases. Hay tanto de original y sustantivo en ellas, que es preferible citarlas una y otra vez, dejando a la glosa en legítimo lugar subalterno. Al lector lo satisfará más este procedimiento.

Antonio Machado abomina del alma contentadiza. No puede sufrir la mediocridad del conformismo. Lo dice a través de su "Juan de Mairena": "El paleta perfecto es el que nunca se asombra de nada: ni aun de su propia estupidez". No cree en la libertad de expresión, o, más claramente, la juzga inútil mientras haya un pensamiento esclavo, un alma uncida a la esteva de los dogmas y las mentiras convencionales. "No he de aconsejaros —afirma— el amor a la rutina, ni siquiera el respeto a la tradición estricta. Al contrario: no hay originalidad posible sin un poco de rebeldía contra el pasado". Para él, sólo vale ese pretérito en cuanto deja de serlo para confundirse en la fluencia del tiempo presente y ayudar a imprimir animación y rumbo a nuestros actos. Hay que amar el legado de otrora siempre que no constituya un gravamen sobre la milagrosa impulsión de nuestras iniciativas, ni debele nuestra energía para las transformaciones vitales. Esto significa que lo hemos de amar mientras haya podido resistir a la inevitable marchitez,

y siga por lo mismo siendo la raíz viva de nuestras determinaciones. La sabiduría no está, como lo demandaba Jorge Manrique, en dar "lo no venido por pasado", sino en no preterir lo venidero. En abrirse paso hacia las claridades del futuro. En esperar, no las sorpresas del azar, sino los frutos de una voluntad inteligentemente gobernada.

Una actitud de ese linaje trae el sello de la disconformidad con lo establecido, y ahí está el manantial de la auténtica rebeldía. Por eso suena bien el metal de este vocablo en las almas jóvenes, casi siempre afanosas de renovación. A su vigorosa independencia está confiada la necesidad de ponerse cara a cara con las cosas, de despellejarlas, de oprimirlas hasta obligarlas a echar su maligna impureza. En suma, de ejercer una fiscalía sin piedad contra las prácticas ruinosas, contra los hábitos que desmedran la facultad de mejoramiento de los pueblos. Tal es la única posición honrada. El "Juan de Mairena" nos la aconseja siempre: "Yo os invito a perseverar en ella hasta la muerte". ¿Cómo? No de otro modo que desterrando el miedo y la hipocresía.

A los sumisos con el pasado, y más aun a los que pretenden exhumarlo y concederle patente de tiranía sobre los acontecimientos de hoy, les recuerda el gran autor español las ingenuidades y despropósitos del tradicionalismo. Valgan como ejemplo estas observaciones suyas:

"Que si la historia es, como el tiempo, irreversible, no hay manera de restaurar el pasado".

"Que si aquellos polvos trajeron estos lodos, no se puede condenar el presente y absolver el pasado".

"Que todo reaccionarismo consecuente termina en la caverna".

En superar la humildosa veneración a aquello que se nos ha dado con sabor de imposición, tanto en las maneras de pensar como de obrar, por parte de generaciones abolidas y de otras que flotan todavía como un apéndice de ellas, palpita el origen de la rebeldía. Sin menospreciar lo que haya de útil en la experiencia de los hombres que nos han precedido, pero tampoco ejercitando la zurda y ruin abogacía de todo lo que lleva la marca del pretérito, podemos enjuiciar las circunstancias que nos rodean y enderezar los pasos hacia lo que estimemos digno de ser alcanzado para el bien de los más. Allí estará nuestra aptitud de reformadores. Pero no olvidemos las advertencias de Mairena, de "que no basta mover para renovar", y de que "no basta renovar para mejorar". Hay verdades profundas, que se agitan bajo el marino andear de los pueblos, y a las que es necesario aprisionar en su raíz misma para no equivocarse en la orientación de los cambios. La originalidad debe estar dictada, no por la veleidad de la superficie, sino por la conmoción que solamente el buen buceador puede captar en la hondura. La lección de Machado, a través de su profesor Juan de Mairena, es bastante

clara: "En política, como en arte, los **novedosos** apedrean a los originales".

La rebeldía, que no es dar de coces al pasado, sino atraparlo y sacudirlo hasta que se quede sin las escorias de la caducidad y la muerte, y ostente así su nervio vivo, alinearé los propósitos de lo nuevo con una conciencia cabal de lo que es realizable sin aturdimiento ni trastorno. La frustránea rebelión de apetitos desorganizados no ocupará de ese modo el lugar de una revolución reflexiva, sujeta al compás de la sensatez y la posibilidad legítima. Antonio Machado lo explica con estas frases: "Nuestros políticos llamados de izquierda, un tanto frívolos —digámoslo de pasada— rara vez calculan, cuando disparan sus fusiles de retórica futurista, el retroceso de las culatas, que suele ser, aunque parezca extraño, más violento que el tiro".

Insistentemente deposita Machado su fe en la energía de la juventud. La rebeldía, por la que clama, aquella rebeldía exenta de profanaciones estériles, de indiscernidas crueldades, quizás sólo podía hallar asilo en el alma de los nuevos. Por eso les dice: "Yo no es aconsejaré nunca el **apoliticismo**, sino, en último término, el desdén de la política mala que hacen trepadores y cucañistas, sin otro propósito que el de obtener ganancia y colocar parientes. Vosotros debéis **hacer política**, aunque otra cosa os digan los que pretendan hacerla sin vosotros, y, naturalmente, contra vosotros. Sólo me atrevo a aconsejaros que la hagáis a cara descubierta". Machado sentía repulsión a la máscara y a la farsa con que han pasado por la escena pública, disfrazando su brutalidad, tantos "sedicentes padres de la patria". Hasta difería de aquella afirmación tan sobada y común de que las canas son siempre venerables. "¿Venerables?. ¡Alto! —exclama— ¿Pueden ser venerables las canas de un anciano usurero?. ¿Es que, por ventura, el número de ancianos venerables propiamente dichos excede al de viejos sinvergüenzas cuyas canas de ningún modo deben venerarse?". En otra página agrega: "La naturaleza parece no tomar en serio a la vejez. Lo frecuente es el vejancón, el vejete, o la sedicente persona seria, un personaje cómico que suele empuñar la batuta en casi todas las orquestas". Y entre los corolarios de su recto razonar establece el siguiente: "La influencia política de la mujer convertiría muy en breve el gobierno de los viejos en gobierno de las viejas, y el gobierno de las viejas, en gobierno de las brujas".

Su fe, por lo mismo, apunta hacia los jóvenes. Y a ellos se dirigen también sus admoniciones para que, al tomar parte en la vida política, procuren no engrosar los ejércitos de los falsarios, los oportunistas y los granujas.

Sobre toda esta sugestiva gama de consideraciones, que desvelan la fisonomía moral de Machado, no es arduo ir encontrando también

en su "Mairena" confidencias de episodios de su pasado que entrañan alguna lección. Ese es el caso de esta evocación de la infancia:

"Era yo muy niño y caminaba con mi madre, llevando una caña dulce en la mano. Fue en Sevilla y en ya remotos días de Navidad. No lejos de mí caminaba otra madre con otro niño, portador a su vez de otra caña dulce. Yo estaba muy seguro de que la mía era la mayor. ¡Oh, tan seguro! No obstante, pregunté a mi madre —porque los niños buscan confirmación aun de sus propias evidencias—: "La mía es mayor, ¿verdad?". "No, hijo —me contestó mi madre—. ¿Dónde tienes los ojos? He aquí lo que yo he seguido preguntándome toda mi vida".

Es común la propensión a engañarnos desmesurando los contornos, acaso mezquinos, de lo propio. Frecuentemente creemos que nuestros méritos nos colocan sobre el vecino, sobre el compañero, sobre el hermano. Y más aun, por cierto, sobre el que subleva nuestra capacidad de resentimiento, de aversión o desafío. Difícil es que nadie quiera estimar como mayores que las suyas las excelencias ajenas. Quizás hay en ello hasta una especie de consuelo personal, de compensación para las entecas posibilidades de nuestro ser, disimuladas en la penumbra de los silencios y las ocultaciones que cada uno arrastra consigo. Pero hay sin duda algunos —muchos tal vez— que inflan con vicioso afán el pellejo de su vanidad e importancia. Se empeñan en mostrarse superiores, sin serlo realmente. Aman la autoapoteosis, y dan con los medios, más eficaces mientras más cínicos, de levantar los pregones del elogio entre coros pardos y abyectos, disciplinados tan sólo para la mentira y el adulo. Y con ese estilo inicuo de conseguir que prospere y se expanda la notoriedad propia ocasionan el falseamiento de los hechos, pervierten el juicio, crean los hábitos de la simulación.

En pueblos en donde la cultura intenta apenas hacer oír sus primeros vagidos se extiende codiciosamente aquella práctica. Abundan los monederos falsos. Se agremian con resolución incontrastable las almas mediocres que esperan vencer, al arrimo de una fariscica solidaridad, sobre el talento de legítimo cuño, e imponen el pontificado de uno de los suyos. La sociedad lo acepta con la docilidad de quien está destituido de lucidez para juzgar. Nace la idea de las personalidades intangibles. Se yerguen los mitos, y suena, múltiple, la lisonja de los falsarios, pero también la ingenua y emotiva de los humildes.

Buena manera de querer poner las cosas en su sitio es la de citar aquí los recuerdos machadinos. El gran poeta —y quién fuera lo que él— no dejó de preguntarse toda su vida dónde tenía los ojos, si no advertían su pequeñez, la limitación de sus dones personales. Don Antonio fue de los valores más representativos de una España singular, bien española e inagotable: la de Cervantes, la de Lope, la de Federico García, la de Azorín o Miguel Hernández. Conjugó magistralmente la gra-

cia de lo lírico con la profunda vigilancia y la lógica irresistible de lo filosófico. Su jerarquía de poeta es la del pensador. Su continente de filósofo atrae con el poder de captación de lo poético. Alma realzada por la más insospechable grandeza la suya, y a pesar de ello encuentra razones para matar todo impulso de vanidad, para desvanecer cualquier espejismo, para castigar el más remoto deseo de desmesura. Por eso es tan significativa la lección que nos dicta en aquella anécdota de su infancia.

Pero la prueba mayor de su austeridad está en la nota autobiográfica que escribió para la edición de sus obras completas, en 1917. Contaba entonces cuarenta y dos años, y en su existencia había más de un hecho ejemplar, aparte de la rica aventura interior cuyo fruto eran páginas de mérito mayúsculo dentro de la lengua castellana. Machado encerró en los términos siguientes los datos de su vida:

"Nací en Sevilla, una noche de julio de 1875, en el célebre Palacio de las Dueñas, sito en la calle del mismo nombre.

"Mis recuerdos de la ciudad natal son todos infantiles, porque a los ocho años pasé a Madrid, adonde mis padres se trasladaron, y me eduqué en la Institución Libre de Enseñanza. A sus maestros guardo vivo afecto y profunda gratitud. Mi adolescencia y mi juventud son madrileñas. He viajado algo por Francia y por España. En 1907 obtuve cátedra de Lengua Francesa, que profesé durante cinco años en Soria. Allí me casé; allí murió mi esposa, cuyo recuerdo me acompaña siempre. Me trasladé a Baeza, donde hoy resido. Mis aficiones son pasear y leer".

¿Hay nada más sumario en el género de las confesiones autobiográficas? Hubiera podido Antonio Machado hablar de la estupenda tradición intelectual de su familia, de los rasgos de su vocación magnífica, de sus éxitos individuales, que íbanle dejando la conciencia de una gloria inapelable frente a la notoriedad repicada con inútil afán por muchos de sus contemporáneos. Pero él prefirió desdeñar cuanto hay de superfluidad en las circunstancias de toda existencia, como quien avienta a un lado la viruta de los hechos cotidianos. Y aun tuvo la generosidad superior de sacrificar las alusiones a su excepcional conducta de hombre, condigna de la de escritor. Nobleza que destaca solitaria en aquel su país, donde es harto vulgar la ruina moral de intelectuales, profesionales y conductores políticos. Seguramente don Antonio, con el estilo extremadamente conciso de su nota autobiográfica, quería despojar de toda pavonada, de toda pretensa importancia, a aquellos que vocean los méritos que no tienen, y que aun se atreven a componer el fárrago de "sus memorias".

Catorce años más tarde, esto es cuando Machado frisaba en los cincuenta y seis, completó la información que se le había solicitado, pero en síntesis más rigurosa que la primera:

"De Madrid a París —dice— a los veinticuatro años (1899). París era todavía la ciudad del "affaire Dreyfus en política, del simbolismo en poesía, del impresionismo en pintura, del escepticismo galante en crítica. Conocí personalmente a Oscar Wilde y a Juan Moréas. La gran figura literaria, el gran consagrado, era Anatole France.

"De Madrid a París (1902). En este año conocí en París a Rubén Darío.

"De 1903 a 1910 diversos viajes por España: Granada, Córdoba, tierras de Soria, las fuentes del Duero, ciudades de Castilla, Valencia y Aragón.

"De Soria a París (1910). Asistí a un curso de Henri Bergson en el Colegio de Francia.

"De 1912 a 1919, desde Baeza a las fuentes del Guadalquivir y a casi todas las ciudades de Andalucía.

"Desde 1919 paso la mitad de mi tiempo en Segovia y en Madrid la otra mitad, aproximadamente. Mis últimas excursiones han sido a Avila, León, Valencia y Barcelona (1928)".

En pocas líneas dejó pues Machado la biografía de sí mismo. Revelación —insistámoslo— de una modestia esencial, la de los grandes, que no tenía de abyección planifera ni de verecunda hipocresía. Entre sus prosas se encuentran afirmaciones como ésta: "es la modestia la virtud que más espléndidamente han sabido premiar los dioses". Y para probarlo hace comparecer los ejemplos: el de Sócrates, que no conoció las academias ni el traje de levita, y apenas se conformó con ser un "conversador callejero"; el de Platón, a quien la crítica ha apellidado de divino, y cuyo ideal fue poner en boca de su maestro los mejores pensamientos; el de Cervantes, poetambre de su España iracunda, aventurero infortunado, esclavo, burócrata de infima destinación, hombre vilipendiado por los eternos verduguillos del poder público, y a quien únicamente le bastó para inmortalizarse la intención de parodiar la literatura caballeresca; el de Virgilio, que no quiso ser mayor que Homero, y el del Dante, que tampoco quiso suplantar a Virgilio. Al evocarlos don Antonio se siente dispuesto a concluir que "los períodos más fecundos de la historia son aquellos en que los modestos no se chupan el dedo".

Pero no se comprendan mal sus reflexiones. El gran poeta sevillano tenía una capacidad lúcida como severa para medir todas las cosas. Las ceñía con un juicio firme y preciso. No las permitía ningún forcejeo que las desmesurase. Por eso hay muchas observaciones en su "Juan de Mairena" que penetran en el alma aguijándola saludablemente. Los

escritores ni los filósofos, y menos los políticos, habrán de pasar por tales páginas sin palpase con dolor los rasgos propios, aquellos que van encubriendo diligentemente los hábitos de la vida social.

En su pincelada autobiográfica, cuya rauda impresión hay que completar con algunas confidencias, aventadas por varios puntos de sus libros, y con las alusiones, entre veraces y legendarias de sus poesías, Machado nos hace saber el siguiente episodio: "Mis recuerdos de la ciudad natal —dice— son todos infantiles, porque a los ocho años pasé a Madrid, a donde mis padres se trasladaron, y me eduqué en la Institución Libre de Enseñanza".

Abandonó Sevilla, y los patios de la casa familiar, y las fuentes, los huertos, los aromas de la hierbabuena, la albahaca y el limonar, y el río beodo y las tardes claras, para continuar en una suerte de peregrinación nostálgica. Siempre le deleitó a Machado el pasear. "Mis aficiones son pasear y leer" había afirmado. Lo mismo que Unamuno. Igual que Azorín. A ese gusto de la divagación constante obedecía sus amor de los campos, que respiran por las líneas de sus versos, y tendría que obedecer la melancolía de sus evocaciones. En su "Juan de Mairena" expone que "si lográsemos despertar en el niño el amor a la naturaleza, que se deleita en contemplarla, o la curiosidad por ella, que se empeña en observarla y conocerla, tendríamos más tarde hombres maduros y ancianos venerables, capaces de atravesar la sierra del Guadarrama en los días más crudos del invierno, ya por el deseo de recrearse en el espectáculo de los pinos y de los montes, ya movidos por el afán científico del estudio".

Como lo ha recordado Antonio Machado, sus padres lo llevaron a Madrid para educarlo en la Institución Libre de Enseñanza. Las emociones de la naturaleza que se le prendieron en el corazón todavía ternuzuelo se conjuntaron entonces con las lecciones recibidas en aquella Institución, que vino a convertirse en el nuevo eje de su personalidad. Había allí maestros como Francisco Giner de los Ríos y Joaquín Costa. A los que han estudiado la obra renovadora, de crítica inteligente, ajena a toda contemporización, y de rebeldía y angustia profética de la llamada Generación del 98, no se les escapará cuánto significaría en la formación ética y literaria de Machado la labor de aquellos maestros. Francisco Giner de los Ríos fue quizá el máximo corifeo de las transformaciones pedagógicas hispanas, y Costa el gran filósofo de la nueva política que demandaban los núcleos conscientes de la multitud, tras el colapso de España en la guerra con la isla de Cuba.

La probidad machadina para el pensamiento y la acción se fortaleció sin duda en las aulas de la Institución. Se ha asegurado que en ninguna parte se han enseñado mejor que allí el amor de la libertad y la devoción a los legítimos principios democráticos. Los alumnos de en-

tonces llegaron a constituir la más brillante promoción intelectual de España. Su obra vale no sólo por su riqueza inmanente, sino por el ejemplo de dignidad y heroísmo con que aquéllos subrayaron lo que habían escrito, cuando la barbarie política dio de coces a las leyes y aventó hacia el martirio, la muerte o los azares del destierro a los que habían defendido una patria en donde continuasen erguidas la libertad y la esperanza.

A esos maestros institucionistas guardó Machado, según lo confesó en su apunte autobiográfico, sentimientos de "vivo afecto y profunda gratitud".

Ejemplo de ello son los versos que se transcriben, tomados de la elegía inspirada en la muerte de Francisco Giner de los Ríos:

"Como se fuera el maestro,
la luz de esta mañana
me dijo: Van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.
¿Murió? ... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue
los muertos mueren y las sombras pasan:
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
Yunques, sonad; enmudeced, campanas".

.....
"... Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama.
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España".

Lo que las almas libres de España debieron al gran maestro lo saben cuantos conocen la impulsión feliz con que surgió el grupo del año 98. Legatarios de sus enseñanzas y de su generosa propensión a renovarlo todo en un país medio momificado y cubierto de podre, ha habido poetas y artistas, filósofos y sociólogos hispanos que han dejado testimonio cálido de las labores de Giner de los Ríos. La célebre Institución madrileña fue el escenario de su trafagar de cada día.

Antonio Machado quiso, seguramente por ello, que su elegía sonase a la vez como un himno al trabajo, como una incitación a imitar al maestro. Aquel "hermano de la luz de la mañana" merecía más bien "un duelo de labores y esperanzas". Había que callar en su caso, poco sólito, cualquier acorde funeral: pedía pues el poeta que cantaran los yunques y enmudecieran las campanas.

El sueño de una nueva España había circulado también entre los mejores discípulos de Giner de los Ríos. La promoción intelectual de 1898 tenía un denominador común: el de imprimir movimiento y rumbo a una nación que estaba como amarrada a la ribera de otro tiempo, ya superado por el resto de Europa. Una crítica viril, reñida con el eufemismo y el halago piadoso, un clamor de almas vigorosamente libres, una necesidad de conciencias despiertas que se levantaban a fiscalizar las razones y sinrazones del atraso español, de la indigencia material y espiritual de España, era la señal precursora de la fecundidad con que obrarían los nuevos. La filosofía, la literatura, las artes, la educación, la política, se enriquecieron simultáneamente. Muchos nombres se conjuntaron bajo el ideal de un vigilante, lúcido, radical, y seguramente hasta exasperado amor al país.

Libros enteros se hicieron al fragor de ese encuentro con la realidad nacional. Se combatían la pereza centenaria, la incultura, la desorganización, la bellaquería política; pero entre líneas se sentía cómo transpiraba la afección patria de sus autores.

Y el trasegar los caracteres propiamente españoles en las páginas nacidas al pie de esa frontera del año 98, era como ir por el mundo llevando la casa auestas. La Península desveló su triste situación a la conciencia extranjera. Y quizás se promovió así una sincera solidaridad con los intelectuales que se habían inclinado a esa dolorosa pero indispensable fiscalía. El nuevo escritor abominaba de la mezquina clausura en que había alentado el alma literaria de la víspera. Machado sentaba su admonición en frase bastante expresiva: "Cuando el sentimiento acorta su radio y no trasciende del yo aislado, acatado, vedado al prójimo, acaba por empobrecerse y, al fin, canta de falsete". El encendido clamoreo de los mejores espíritus hispanos salía con rotundidad, sin esquivaces ni recelos, a la intemperie universal.

Pero ello había impuesto una condición previa: la de romper con la farmacia de las letras del pasado reciente; desconfiar de su electuario estético, de sus fórmulas tradicionales. Y si era preciso, don Antonio estaba dispuesto a hacer rugir a su poema como una piedra aborascada. ¿No había dicho que, tras su apariencia tristona, "dentro del pecho llevaba un león"? Su intransigencia con los alardes hueros de la lírica anterior fue cada vez más absoluta. Hizo menosprecio de los versos que, sin llegar al trasfondo de lo humano, se re-

suelven sólo en graciosa pompa verbal. Sus reparos alcanzaron hasta a Góngora, maestro de pescadores de metáforas: "la seca y árida tro-pología gongorina, arduo trasiego de imágenes genéricas, en el fondo puras definiciones, a un ejercicio de mera lógica, que sólo una crítica inepta o un gusto depravado puede confundir con la poesía".

Y Antonio Machado sabía, quizás como pocos, que la poesía que se realiza con el dominio consciente de sus recursos, con la vigilancia superior que "corrige la fiebre de la mano", da en retribución al autor una garantía de perennidad: ese poeta "afronta el tiempo inexorable, como David al fiero gigante filisteo".

La generación española novecentista comenzó pues por hacer una revisión de los preceptos estéticos en boga, y luego, con la misma honradez, se enfrentó a la España trágica, ruinoso, yerma, paralítica, en que le correspondió luchar. Los versos de Machado son muy claros:

"... Fue un tiempo de mentira, de infamia. A España toda, la malherida España, de Carnaval vestida nos la pusieron, pobre y escuálida y beoda, para que no acertara la mano con la herida".

Y en un estupendo elogio a su compañero Azorín, que es como un llamado imperioso e impaciente a toda su histórica promoción, dejó vibrando su afán por la rehabilitación de España:

"¡Oh, tú, Azorín, escucha: España quiere surgir, brotar, toda una España empieza!
¿Y ha de helarse en la España que se muere?
¿Ha de ahogarse en la España que bosteza?
Para salvar la nueva epifanía
hay que acudir, ya es hora,
con el hacha y el fuego al nuevo día.
Oye cantar los gallos de la aurora".

Rubén Darío, que tan bien conocía a Machado, hizo de él un apunte lírico en que se descubren los rasgos de esa su voluntad varonil y de sus bondades sin tasa.

"Fuera pastor de mil leones .
y de corderos a la vez.
Conduciría tempestades
o traería un panal de miel".

Y tales virtudes se le retemplaron en su hora postrera, cuando estalló en España la revolución del año 36. Machado había tomado partido entre los republicanos. "La única moneda con que podemos pagar lo que debemos a nuestro pueblo es la vida", había afirmado sin hipér-

bole, auténticamente convencido de esa necesidad. Una y otra vez había pedido, sin éxito, un lugar en las milicias populares. Había ofrecido en vano sus brazos ancianos para la defensa de la capital madrileña. Pero simultáneamente, asistido de gran ardor heroico, había escrito esta cuarteta memorable:

“¡Madrid, Madrid!. ¡Qué bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarr, el cielo truena,
tú sonríes con plomo en las entrañas!”.

Ni los asilos que le prometían las embajadas de otros países le tentaban con demasiada fuerza. Miraba conmovido el desnudo con que el pueblo defendía la ciudad. Enorgulleciase de tan crecida abnegación, pero ella no le producía estupor. “Siempre ha sido lo mismo —advertía—. En los trances duros, los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con sangre” . . .

Tuvo que caer Madrid. Rafael Alberti y León Felipe comunicaron entonces a Machado la invitación del 5to. Regimiento —ejército republicano— para que abandonara la capital. Hubo necesidad de insistir en esta demanda, porque se temía que también él fuera sacrificado brutalmente por los revolucionarios falangistas, como poco antes lo había sido Federico García Lorca. Salió así, de mal grado, en compañía de su madre y su hermano José, con dirección a los campos de Valencia. España, en medio de tanta agonía, lo había envejecido de manera impresionante. Sus seis decenios representaban seguramente más a la vista de todos. Pero su lucidez artística no menguaba, y antes bien lo hacía trabajar sin pausa. Desde aquella Valencia florida, que “se bebe el Guadalquivir”, su obsesión del drama español le dictaba estos versos:

“pienso en la guerra. La guerra
viene como un huracán
por los páramos del alto Duero,
por las llanuras de pan llevar,
desde la fértil Extremadura
a estos jardines de limonar”.

.....
“Pienso en España, vendida toda
de río a río, de monte a monte, de mar a mar”.

No podía ser más amarga la desazón de Antonio Machado. Y él, que había amado la vida y todas las formas de ennoblecerla, también quería aprender a matar; a matar mercenarios extranjeros para la salvación de su España. Había encontrado que allí, y en esos días —ah verificación tristísima—, la única “elocuencia” valedera resultaba la

de "la pistola" o del yatagán sediento. Toda su alma y su corazón generoso se mantenían alertas a la tragedia del pueblo ibero. En medio de un tan gran desbordamiento de sangre el estar vivo le parecía quizás extraño. Se sentía como el sobreviviente de una hecatombe inmensa. La guerra había acabado con todo vestigio de felicidad familiar, hogareña. Inútil era tratar de rehacerla. Escribía versos y los dirigía al frente militar, donde se combatía con espantosa reciedumbre, como éstos "A Lister, Jefe en los Ejércitos del Ebro":

"Fragores en tu carta me han llegado
de lucha santa sobre el campo ibero;
también mi corazón ha despertado
entre olores de pólvora y romero.

Donde anuncia marina caracola
que llega el Ebro, y en la peña fría
donde brota esa rúbrica española,
de monte a mar, esta palabra mía:
Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría".

También cayó Valencia, y hubo que abandonarla. Se refugió Machado en la ciudad de Barcelona. Se le dio una vieja casa solariega, al pie de la montaña: era un romántico miramar sobre ese vaso colmado de azul que es el Mediterráneo. Durante seis meses, todos los sábados y domingos se congregaban allí numerosos intelectuales, para cantar coplas populares y recordar antiguos romances castellanos, entre el relumbro y el mortal estampido de los bombardeos. La Península seguía siendo devorada por las fuerzas rebeldes. Dos días después de abatida Barcelona, don Antonio tuvo que emprender su último éxodo: aquél que le llevaría más allá de las fronteras de su patria, y también de la vida. Los carros de las ambulancias le dejaron al pie de un acantilado, camino de Francia, con un grupo de cuarenta personas, en que había mujeres, niños y ancianos, y en que también se contaban su madre, su hermano José y su cuñada. Una lluvia nocturna, cruelísima, arreciaba sobre las cabezas de aquellos desolados peregrinos. "La madre de don Antonio, —ha dicho un testigo—: la madre de don Antonio, de ochench y ocho años, con el pelo calado de agua, era una belleza trágica". Bajo esa tempestad debieron hacer a pie algunos kilómetros. Así entró Machado en el pueblecito francés de Collioure, el 29 de enero de 1939. Tan rendido le había dejado aquel esfuerzo desproporcionado a su edad y estado físico, que tuvo que tomar un taxi para solamente atravesar la plaza, con rumbo al modesto cobijo en que debía alojarse. Esa plaza se llamó más tarde con el nombre de Antonio Machado, pero una de esas obsecaciones nacionalistas,

que se producen en todas partes, hizo que se le sustituyera con el de un personaje francés: el del General Leclerc.

Collioure era un apagado villorrio. Pocas casas dispersas. Callejuelas silenciosas. Playas en que cabeceaban contadas barcazas de pescadores. Un mar solitario, sonámbulo. Y un cielo invasor, un cielo inmenso. Allí pasó Antonio Machado sus últimos días, postrado en el camastro de yerro del hotelejo Bougnol-Quintana. El 22 de febrero, o sea cerca de cumplirse el mes de su arribo a Collioure, expiró en total abandono. Su madre lo siguió dos días después, en el mismo sombrío habitáculo.

"Un mutis bien hecho no debe hacerse aplaudir", había escrito el genial poeta refiriéndose al momento supremo de la muerte. Y ciñéndose a aquel su sentencioso decir, probablemente una sencilla serenidad presidió sus últimos instantes. El deceso de don Antonio casi ni fue advertido entre el oleaje de matanzas de la revolución. La bandera de los ejércitos de la república se tendió, maternal, sobre su féretro; pero el ciudadano que pronunció la oración fúnebre fue fusilado más tarde por la Falange.

Finalmente, en un nicho de alguna oscura familia de Collioure, prestado por fuerza de las circunstancias, se echaron los despojos del mayor poeta de España. Una pequeña plancha de mármol dice desde entonces: "Ici repose Antonio Machado mort en exil le 22 février. 1939". (Aquí reposa Antonio Machado muerto en el exilio el 22 de febrero de 1939). ¿No es esa breve leyenda funeral una de las peores acusaciones que se pueden enrostrar a la España de nuestros días?

Así se extinguió Machado. Y en tierra extranjera sufren sus huesos la última y definitiva de las soledades, contrariando el sueño del poeta, que quería que ellos se oreasen con las brisas del Duero, sonoro río de sus cantos y contemplaciones, de sus nostalgias y sus amores.